

Cuando el tiempo se detiene.

Empezó a sonar. Ese sonido desagradable que tanto odio. Por un momento pensé que estaría solo en mi cabeza. Pero no.

Y sí; ahí estaba. Era mi busca. Apenas había pasado media hora desde que me había tumbado en aquella cama que, aunque para muchos no lo pareciera, para una enfermera que lleva 18 horas de guardia cualquier cosa parece cómoda.

Por fin logré engocar engocar la vista y mirar la hora. Eran las dos y media. Por suerte no me había quitado las zapatillas, temiendo que una situación como esta pasara. Rápidamente dirigí la vista hacia la mesilla donde había dejado el busca poco tiempo atrás.

Código amarillo: atención inmediata en urgencias.

Al ver el mensaje, me levanté ágilmente y salí de la sala de guardia, girando cuidadosamente el pomo de la puerta para no despertar a otro enfermero que dormía en la misma. Después corrí hacia urgencias deseando poder parar a tomarme un café para activarme. Pero no tenía tiempo. Nunca tenía mucho tiempo.

Al llegar a urgencias, observé al paciente que tenía que atender: un hombre mayor que parecía desorientado y dolorido. En ese momento me acerqué para atenderle. Me incliné hacia él para comprobar su respiración y tomarle el pulso.

—Tranquilo, señor, voy a examinarle— murmuré, intentando que mi voz sonara calmada a pesar de la carrera que acababa de correr.

Tenía una pequeña contusión en la frente, y no tardé en darme cuenta del temblor en sus manos.

—¿Cómo ha sido la caída?— pregunté.

El hombre tardó unos segundos en responderme. Al terminar apunté la información más importante, le puse oxígeno y le coloqué bien la manta.

Me tomé unos segundos para observar el caos a mi alrededor: monitores pitando, un niño que no paraba de llorar, un paciente tosando... y así podría seguir. Apenas me apoyé en la pared y cerré los ojos un instante, cuando pude escuchar otro sonido familiar: el de una o varias ambulancias acercándose a la puerta de urgencias.

Ahí fue cuando supe que aquel caso que tanto deseaba tendría que esperar un poco más.

Pasé algo más de un par de horas atendiendo a pacientes. Cambiaba gasas, rellenaba informes, calmaba llantos, administraba medicación... todo al mismo tiempo. Pero no podía parar. No había tiempo.

En un momento tuve que vigilar a una paciente mayor que ya llevaba unos meses ingresada en el hospital y con la que hablaba bastante. Durante todo este tiempo, ella había observado mi rutina día a día.

Al acercarme a revisar sus constantes, me agarró ligeramente del brazo y me susurró al oído.

"El reloj mide minutos, pero la calma mide vida".

Al escuchar esta frase la sonreí levemente, debido al cansancio acumulado. Revisé de nuevo las constantes y, al comprobar que estaba estable, la miré otra vez al tiempo que me despedía de ella:

— Gracias. En dos horas me paso de nuevo a vela — dije.

Unas palabras que me supieron a poco, pero en ese momento no se me ocurrió nada más que decirle, porque estaba más concentrada en sostenerme en pie a causa de la falta de sueño y el estrés acumulado.

Rellené un par de informes y seguí atendiendo al resto de mis pacientes.

Pasó poco más de una hora cuando volví a sonar el busca. Esta vez ya no me pilló en la sala de guardia, sino en mitad del pasillo, con un informe aún en la mano.

Dirigí la mirada hacia abajo, ya alerta.

Código azul; planta 2.

Después de verlo, me temí lo peor. Una parada.

Sin perder un segundo más, salir abalanzado el pasillo que ya me sabía de memoria. Estaba cansada. Pero no podía parar.

Al llegar a la habitación, todo parecía pasar muy rápido. Varias personas rodeaban la cama, lo que me impediría ver de quién se trataba. Pero aún así, podía escuchar el monitor que no dejaba de emitir pitidos.

Alguien se apartó, y entonces la ví.

Era ella.

La misma mujer con la que hablaba todos los días. La misma que me había susurrado aquella frase:

"El reloj mide minutos, pero la calma mide vida".

— Iniciamos RCP — dijo alguien.

Sin dudarlo, me acerqué a ayudar.

Intentamos todo una y otra vez.

— ¡Otra de epinefrina! — dije.

— ¡Fuera! — gritó otro.

Recibí una descarga. Luego otra. Y otra más. Repetimos el proceso innumerables veces.

El sonido cambia. Ahora era un pitido continuo.

Ya no había prisa. Ya no podíamos hacer nada.

— Hora de la muerte...

Al escuchar esas palabras mi cerebro desconectó.

Por primera vez en toda la noche... me detuve, dejando escapar una lágrima que recorrió mi mejilla.

Al salir de la habitación, me lo anunciaron.

Había terminado mi guardia.

Debería haberme sentido aliviada. O con prisa, como siempre.

Pero no fue así.

Caminé por el pasillo sin correr, sin mirar el reloj, sin pensar en lo siguiente.

Al cruzar las puertas del hospital, me recibió el aire frío de la mañana.

Me detuve.

Miré el cielo todavía oscuro y respire hondo. Sin prisa.

Recordé sus palabras.

"El reloj mide minutos, pero la calma mide vida".

Y esta vez no las dejé pasar.

Volví a mirar el cielo, donde el amanecer empezaba a asomar.

Y por primera vez, decidí no irme.

Me quedé en silencio, viendo el amanecer.